

¡Vive la Reine! (+16)

Deni Leyn



Capítulo 1

Toma de la Bastilla:

¡Es así como nos vengamos de los traidores!

Sangnnaire, aquella tierra que ha vivido un sinfín de guerras y corrupción por parte de sus gobernantes.

El estómago vacío del pueblo rugiendo con más fuerza para hacerse escuchar mientras suplican por trabajo y un poco de comida.

El hedor es la fragancia de las calles y de los pueblerinos, un repelente que ahuyenta a la realeza, a los miembros de la Corte y a algunos nobles.

La muerte acecha bajo la luz del día y de la noche, cubriéndose con una túnica negra y portando una guadaña en su mano derecha. No conoce el descanso. Con su huesudo dedo índice tacha de su lista, que sujeta con su mano contraria, los nombres de las víctimas: entre ellos están escritos los nombres de niños, recién nacidos, ancianos, jóvenes y adultos, y comparten una similitud: pertenecen a la plebe. ¿Y la aristocracia? Cada año, un número insignificante ocupa la lista contra cientos *mendigos de pan*; como se dirigen hacia esta desdichada gente entre carcajadas y burlas, mientras sostienen una copa de vino en una mano y con la otra un trozo de exquisito y esponjoso pastel, y apostando exageradas sumas de dinero. No obstante, aquellos nombres escritos con sangre ocuparán gran parte de la lista con la llegada de un desenlace que marcará un antes y un después en la historia de esta tierra. El pez gordo encabeza el listado y con letras un poco más grande que el resto, también escrita con sangre: Cosette Tragireux, reina de Sangnnaire.

Un intenso y conflictivo 14 de julio de 1789 veinte mil víctimas de la desigualdad social y abusos por parte de la aristocracia, acompañados por soldados dispuestos a luchar y morir a su lado, se reúnen en el exterior de la Bastilla preparados con mosquetes, doce cañones, un montero y pólvora que obtuvieron el día anterior saqueando a El Hotel de los Inválidos, una morada real dedicada a soldados y militares veteranos sin hogar, cerca de la Escuela Militar; estos soldados salieron de ambos establecimientos y conociendo la situación del pueblo. *Estamos para proteger al pueblo, no para martirizarlo*, es el pensamiento que los motiva.

El puente levadizo está levantado, impidiendo el paso de la muchedumbre sedienta de justicia a las entrañas de la fortaleza, donde tienen en cautiverio a plebeyos y nobles a favor del Tercer Estado, representante del pueblo oprimido.

La desesperación y el miedo carcomen al gobernador de la Bastilla, quien se oculta tras esos muros protegidos por cañones, e intenta pensar una manera de poder llegar a un acuerdo que detenga el infierno que se aproximará en cuestión de horas o minutos, probablemente en menos tiempo. Se siente inútil al no ser capaz de apaciguar situaciones como ésta. Durante la mañana, tiene largas charlas con dos líderes del movimiento, y con ambos se rehúsa rotundamente a sus intenciones: Las reservas de pólvora que guardan en la Bastilla. Al mediodía, su última oportunidad de negociación es aún peor: Los representantes revolucionarios exigen la rendición de la fortaleza y la entrega no solamente de la pólvora...

—¡También quieren las armas! —exclama aterrado y furioso, agarrándose la cabeza con ambas manos, casi que se arranca los mechones de cabello, ahora que se encuentra solo en la sala—. ¡Es una locura! ¡Debo hacer algo de inmediato! ¡Moriré aquí mismo si no hago algo!

Desea reanudar las negociaciones con los líderes, no quiere quedarse de brazos cruzados y llorar como un bebé en posición fetal mientras chupa su dedo pulgar... La tierra comienza a temblar y los tímpanos a silbar. Los revolucionarios expresan su impaciencia y fastidio abriendo fuego.

—¿Esos son cañones?! —pregunta, alterado, a punto de llorar—. ¡Hagan algo, idiotas! —ordena a los guardias, y estos inician su marcha hacia sus posiciones de ataque.

Tres de la tarde. El fuego cruzado anuncia la caótica batalla. Los asaltantes hacen oído sordo ante las peticiones de las autoridades en ponerle un *alto el fuego*; no queda más que continuar con el contraataque.

La lucha se vuelve más violenta, sanguinaria e intensa.

La muchedumbre pierde a ochenta y tres hombres y gana quince malheridos, que arrastran lejos del campo de batalla para que los médicos puedan atenderlos y regresar de inmediato a sus puestos, con un armamento que no se compara al del enemigo.

Y del lado de la Bastilla, uno de los guardias ha muerto por una bala que perforó su corazón, cuatro cayeron de la fortaleza por culpa del temblor, y pocos recibieron el impacto de los cañones, quedando gravemente heridos.

Tres y media de la tarde. Creyendo que perderían la batalla, los revolucionarios reciben con mucho entusiasmo y muy agradecidos a los oficiales de infantería, llegando con varios cañones a su disposición. Tomando el rol de líder, uno de los superiores solicita dividirse en dos grupos, uno con el mosquete y otro con los cañones, y la estrategia

cambia a su favor:

—¡Liberen el puente! —exclama, mientras se pone en posición y prepara el mosquete cargándolo a través de la boca del cañón. Los demás imitan su última acción—. ¡Dirijan los disparos hacia las cadenas! ¿Listos? ¡Apunten! —Su primera orden es escuchada y obedecida—. ¡Fuego! —Y la segunda orden es ejecutada exitosamente con el primer grupo.

El segundo grupo espera las órdenes de su líder para disparar los cañones hacia los muros de la Bastilla.

—¡Prepárense! —ordena éste, sacando el sable de la vaina para utilizarlo como señal. Espera unos segundos...—. ¡Fuego! —grita con fuerza, al mismo tiempo que baja apenas su brazo, apuntando hacia la Bastilla con la punta del sable.

Mientras esto ocurre, el terror invade por completo la mente del gobernador y su cuerpo tiembla de pies a cabeza. ¿Qué puede hacer ahora mismo? Escapar es una excelente opción, pero se niega a quedar como un cobarde en los libros de historia.

—¡¡¡MALDITA SEA!!! —clama horrorizado, luego de confirmar su sospecha a través de la ventana—. ¡Protejan la puerta principal! —ordena rápido y desesperado, intentando que las palabras no se les mezclen, a los guardias que le hicieron compañía desde su llegada a la Bastilla.

El tiempo se detuvo en algún punto del conflicto, al menos eso siente el gobernador, porque su agonía desapareció cuando encuentra a los revolucionarios apuntando con sus mosquetes cada parte de su cuerpo a modo de aviso: *Ríndase, no hay nada que pueda hacer... ¿O es que ha hecho algo, gobernador?*

Las miradas de los pueblerinos es como tener en persona a la mismísima parca, observándote detenidamente y enseñándote tu nombre en su lista con su huesudo dedo; llenos de odio, dolor, una intensa sed de justicia y sangre que los condujo al nacimiento de una revolución... Pero hay algo más que solamente se puede apreciar si se excava en lo más profundo de sus almas: Una profunda tristeza que han estado conteniendo por muchos años; no quisieron haber tenido que llegar a estos extremos por culpa de la irresponsabilidad de su Majestad.

«¡No! Todos fuimos culpables. No hemos escuchado al pueblo, salvo unos pocos que hoy mismo están en contra de su propia gente», cavila el gobernador, lamentándose, arrepintiéndose y entregándose sin oponer resistencia.

Uno de los jefes de la multitud se acerca con una soga hacia el adulto, con quien intercambié miradas y dijo las siguientes palabras alzando un poco

la voz para llegar a los oídos de cada hombre:

—A cambio de mi capitulación, perdonen a mis hombres. Sólo siguen órdenes.

Los sitiadores no tardan en dar una sincera y tranquilizadora respuesta, que fue citada por el soldado que comienza a atarle las manos:

—La vida de sus hombres están perdonadas, gobernador.

Cerca de las nueve de la noche, siendo escoltado al Ayuntamiento, Dmitrei de Launay es linchado por una muchedumbre furiosa que lo ha juzgado por traición al pueblo; recibe varios golpes que rompen algunos de sus huesos hasta caer al suelo tras perder el equilibrio de sus pies y la fuerza de sus piernas. Posteriormente es levantado para ser apuñalado con un arma blanca muy afilada en la zona abdominal varias veces y un disparo atraviesa su pecho por la espalda, muriendo a los pocos segundos.

Continuaron humillándolo incluso muerto.

Finalmente un carnicero procede a decapitarlo con un cuchillo de carne y clavar su cabeza en una pica, con la que marcharán por las calles de la capital clamando al unísono a los cuatro vientos:

—¡Es así como nos vengamos de los traidores! —y añaden su emblemático grito—: ¡Queremos justicia! ¡Que viva la revolución!

Dmitrei de Launay se convierte en una de las primeras víctimas de la revolución.

Ahora que los revolucionarios poseen en su poder el armamento de la Bastilla, en una caminata de varias horas, se dirigen hacia el Palacio Real a por la raíz del problema, aquella que espera pacientemente a sus súbditos en su trono con el semblante serio y con la cabeza en alto.

Capítulo 2

Asalto al Palacio de Versalles: ***¡Salven a la Reina!***

Tal y como ha estado haciendo desde su coronación, Cosette pasa sus últimos días como monarca sentada en el trono, indiferente y con el semblante serio. No abandonará su porte y glamour. Mucho menos permitirá que las amenazas de sus enemigos la intimiden y abandone su orgullo. Tampoco se irá del Palacio de Versalles ni aunque el verdugo vaya tras ella arrastrando su filosa y ensangrentada espada.

Las risas, la música, el pisar de los tacones en el mármol y los murmullos entre los miembros de la Corte han callado con el pasar de los días en las salas de la residencia. Sobre todo en la deslumbrante, lujosa y vacía Galería de los Espejos; de estilo barroco, con diecisiete ventanas que permiten el paso y reflejo de los rayos de sol en los trescientos cincuenta y siete espejos de gran tamaño; que fue utilizada para recibir a los invitados, o para llevar a cabo fantásticas fiestas o bailes de máscaras, o para festejar importantes acontecimientos de la historia de Sangnnaire como podía ser el nacimiento de un nuevo rey o la boda del Delfín. Cumplía incluso el papel de la Audiencia, ignorando el estatus de la persona que deseara hablar con Su Majestad, reuniones que Cosette había cerrado por tiempo indefinido, siendo una de las causas principales por las que bajó su reputación.

Ni el molesto aleteo de la mosca suena por los alrededores de la Sala del Trono.

Tampoco resuena la voz de un dulce e inocente niño correteando por los amplios pasillos del Palacio, rebosando de alegría...

—¡Majestad! —Ingresa con temor y rapidez su consejero a la sala, irrumpiendo los pensamientos de su Señora—. Han tomado la Bastilla y se dirigen hacia aquí. Debemos sacarla del palacio cuanto antes.

—No —responde ella, rápido y firme.

—¿No entiende que su vida corre un grave peligro? ¡La desean a usted!

—Permite el paso —replica con indiferencia.

La reina se levanta del sillón y camina a pasos leves hacia una de las ventanas, por donde puede contemplar la belleza vegetal del gran invernadero. Respira con profundidad y exhala despacio.

—Oh hermano mío —agrega, conservando la calma en un tono sosiego y sin temor a dejar en evidencia la decepción que siente—. He cometido errores en esta vida que no merezco el perdón. Si el pueblo está respondiendo con el estómago vacío, algo hice mal durante estos años. Es más... —musita, apoyando su mano derecha en el frío cristal de la ventana—, dudo mucho que me reclamen pensando solamente en la comida. «¡Queremos justicia! ¡Que viva la revolución!» —cita—. Eso es lo único que desean. Mi sangre no es más que la tinta con la que mojarán la punta de la pluma para darle cierre a esta etapa de la historia y con la que comenzarán una nueva.

—Hermana mía, *tienes* que irte ahora. Nuestro padre te está esperando; nuestros hermanos te están esperando; tu amado te está esperando; tu hijo te está esperando —menciona, intentando en vano convencerla.

—Deberías marcharte lo antes posible —sugiere, ignorando las palabras de su hermano y consejero—. Lo ideal sería hacerlo ya mismo. Estarán aquí mañana.

—¿Acaso no me escuchas?

—Querido hermano, estoy agradecida por permanecer a mi lado durante estos años, más ahora. Confío en que nos volveremos a encontrar muy pronto. Tal vez siglos más tarde. Esperaré ansiosa el reencuentro.

—Dedica una última mirada y sonrisa a su familiar y añade, conteniendo las lágrimas y aproximándose a él—: El carruaje está listo. Procuré que no tuviera accesorios llamativos. Hasta pronto.

Las palabras se atorán en la garganta de Allard ante esta cruel despedida. «¿*Las palabras han demostrado algo, acaso?*», piensa intranquilo. Y libera su dolor y miedo rodeando en sus brazos a su pequeña hermana, creyendo falsamente que así podrá protegerla de todo aquel que desea dañarla. Como hacía cuando él era un niño y ella una bebé, salvo que en aquellos tiempos sí podía ser su caballero de armadura plateada. Ahora se siente inútil al no poder sacarla del aprieto en el que sus enemigos, maestros del engaño, la han involucrado. Las lágrimas brotan de sus ojos esmeraldas como una cascada y empapan sus mejillas, y solloza ocultando su rostro en el hombro de la reina.

Ambos saben que esta será la última vez que intercambiarán palabras, que se mirarán y se abrazarán.

Cosette corresponde a la protección de su hermano rodeándolo con sus brazos y acariciándole la cabeza cariñosamente, el mismo gesto que su madre hacía con sus hijos para tranquilizarlos y con el que decía:

—Todo está bien.

«*Extraño aquellos tiempos*», piensan melancólicos al mismo tiempo.

§

A la mañana siguiente, a las siete menos cuarto horas, la reina amanece por un escalofriante clamor y fuertes golpes en la residencia que recorren su espina dorsal. Objetos pesados destruyen los vidrios y violentos movimientos forcejeando algunas de las puertas es lo que alcanza a oír.

El corazón le palpita con fuerza y en un frenesí que le provoca dolores en el pecho. Intenta relajarse respirando lentamente... pero es un acto inútil. ¿Quién puede mantener la calma en un momento así? Es normal sentir mucho miedo y a punto de romper en llantos. Si en verdad hay tanto escándalo, ahora mismo sus guardias están teniendo dificultades para impedir el paso, a pesar de que ella en persona les ordenó no interferir en el cometido de los revolucionarios. Les agradece en lo más profundo de su ser haber ignorado su petición. No está lista, como creyó días atrás, para bailar su pañuelo blanco delante de la multitud y ser arrestada.

—¡Mi reina! —exclama una de sus sirvientes, abriendo con violencia las puertas de la alcoba, alterando por unos segundos a su señora—. ¡Vienen hacia aquí! Tiene que irse. Saben dónde duerme.

Pero conocer lo último fue peor para ella. ¿Cómo obtuvieron esa información?

Prefiere restarle importancia a eso. No puede perder un solo segundo.

Vistiendo una bata sobre la camisa y descalza, la reina sale disparando de su cama y corre despavorida por el pasillo, alejándose lo que más puedan de su antigua localización y en dirección contraria a la de los revolucionarios, tomando de la mano a la joven que decidió arriesgar su vida para avisarle del peligro.

Mientras la asustadiza loba busca refugio, los cazadores, bañados con la sangre de aquellos guardianes que han eliminado a su paso, invaden con salvajismo cada habitación del edificio; revisan y destruyen todo a su paso y gritan con cólera:

—¡Entreguen a esa perra!

—¡Sigue aquí! ¡Búsquenla!

—¡La mataré con mis propias manos!

Cosette avisa a su salvadora sobre la llegada a la Cámara del Ojo de Buey, ubicada en el centro del palacio, último piso de arriba; un estudio donde la reina pasaba mayor parte de su tiempo redactando y/o firmando documentos, o recibiendo a los cortesanos, o leer las cartas de sus aliados. Aún no pueden permitirse un pequeño respiro. La mujer de dorados y despeinados cabellos gira del pomo en dirección contraria pero la cerradura no cede: Cerrada desde dentro. Ambas mujeres golpean desesperadamente con sus puños mientras suplican acceso al salón.

—¡Abran la puerta! —suplica Cosette entre lágrimas—. ¡Sé que hay alguien dentro! ¡Abran la puerta!

Los mortales minutos se sienten eternos.

Los gritos de auxilio no callan.

Armados con los mosquetes y las espadas robados de la Bastilla, con sus picos y hachas, aquellos asesinos dejan sus marcas del caos en cada habitación del palacio y sus pisadas en los pasillos.

¡El armonioso sonido de la cerradura desbloquearse hace su aparición en este trágico acto de la obra!

Un Guardia Imperial rescata a estas aterrorizadas mujeres de la pesadilla que se aproxima y las resguarda en las entrañas de la habitación sujetando y tironeando del antebrazo de ambas con sus manos. Una vez dentro, ambas se alejan de la entrada y observan atentamente cómo el hombre procede a cerrar la puerta nuevamente y rápido con llave.

La joven que acompaña a la reina aún tiembla de miedo y lágrimas escapan de sus ojos. Sus manos están aferradas a las de su Señora que, por un momento, jura haber sentido el crujir de sus huesos.

—¡Majestad! —exclama el guardia, aliviado de ver a su Señora sana y salva—. ¿Se encuentra bien? —pregunta preocupado, acercándose a ambas.

Cosette parece una niña asintiendo varias veces con la cabeza, respirando agitadamente por la boca y aferrada a su compañera.

—Lamento mucho el haber faltado a mí deber —confiesa arrepentido y agachando la cabeza.

Si esta mujer hiciese caso a la famosa frase que varios reyes de Saignaire citaron alto y claro a sus súbditos, este Guardia Imperial hubiese sido condenado a la guillotina por traición al no socorrer a su Majestad en una situación en la que su vida corría peligro: «La corona repudia la felonía. La muerte juzgará y castigará alzando su hoz». ¿Por qué perdonar la

deslealtad?

—¿E-estás bi-en, Everard? —pregunta finalmente Cosette, con voz temblorosa y llamándolo por su nombre.

El castaño dibuja una sonrisa en sus labios. Pasaron varios años de la última vez que la oyó pronunciar su nombre y no su título, indicándole que el miedo la hizo olvidar por completo que es ella quien porta la corona en la cabeza.

—No tienes que preocuparte por mí... —Hace una pequeña pausa y su sonrisa se desvanece—. Pero sí por él —agrega, volteando la mirada hacia el diván que está detrás de las dos.

Confundida, Cosette revisa aquella zona de la habitación y descubre a una persona reposando sobre el largo y cómodo asiento, con marco dorado y cubierto de brocado rojo. Acercándose más... Un hombre de cabellos castaños rubios, con sus ropas manchadas de su propia sangre y con notables heridas en algunas partes del cuerpo, se encuentra descansando y presentando dificultades para respirar.

—¡Allard! —clama horrorizada al reconocer a su hermano. Corre hacia él para sujetarle la mano derecha una vez arrodillada en el frío suelo—. ¿Por qué? ¿Por qué no has obedecido mis órdenes? ¿Por qué no te has ido?

—No creo que pueda hablar en este momento —comenta Everard—. Lo encontré abandonado a su suerte en la capilla real, la que está cerca de esta cámara, afortunadamente. Debemos llevarlo con un doctor.

—¿Y crees que nos ayudará?! —dijo desesperanzada y sollozando.

El guardia prefiere guardar silencio y dirigir la mirada hacia la sirvienta.

—¿Cómo ha ocurrido esto?

—No estoy segura —responde Anna, tomando asiento e intentando recuperar el aliento—. Estaba en la cocina con mis compañeras cuando comenzamos a escuchar un barullo en la entrada del palacio. Decidí asomarme por el pasillo y vi a... vi... ¡Oh Dios mío! Uno de los guardias gritaba con dificultad y desesperado una orden, mientras se arrastraba muy malherido por las escaleras: «¡Salven a la reina! ¡Salven a la reina!» —recuerda con tristeza, tapando su boca con una de sus manos para controlar el llanto—. Posiblemente fue asesinado después de que me fuera.

—¿Y luego fuiste a rescatar a la reina? —supone Everard, y la joven asiente con la cabeza—. Es una pena —replica, decepcionado, esbozando nuevamente una sonrisa que ahoga sus ganas de liberar sus risas—.

Debieron dejármelo a mí.

—¿Qué fue lo que dijiste? —Cosette llama su atención, observándolo detenidamente.

Everard corresponde a la mirada pero no a contesta la pregunta. Como si la desafiara.

—¡Te ordeno que repitas lo último! —exclama autoritaria.

Mientras esta confesión de traición se desarrolla en la Cámara del Ojo de Buey, la multitud se encuentra en el exterior para pedirle a la reina a asomarse por el balcón, haciendo que las vidrieras retumben con sus voces amenazadoras.

—Por primera vez en tu vida, Cosette —menciona su nombre, demostrando que ya no la reconoce como reina—, escucha a tu pueblo. Vamos, sal al balcón a atender sus necesidades.

—¡No lo haga, mi Señora! —clama la muchacha, espantada—. ¡Van a matarla!

«¿Qué significa esto?», se pregunta Cosette, estupefacta.

Todo ha pasado muy rápido ante sus ojos: La invasión a su palacio; los abucheos y destrozos del pueblo; la violencia ejercida contra sus guardias —seguramente, más de uno asesinado—; la huida hacia su estudio; el descubrimiento del destino de su hermano («*Espera... ¿La capilla que hay cerca de este cuarto? ¡Imposible!*»); y ahora la traición de Everard, la persona que tenía proteger a su Majestad.

Aun así, tiene razón. La reina tiene que calmar a su pueblo, de una u otra forma.

Como si las traicioneras palabras de Everard nunca hubiesen salido de su boca, y como si sus ojos nunca hubiesen presenciado tales desgracias, Cosette seca sus lágrimas con una de las mangas de su bata y comenta, sin titubeos y mirando hacia el balcón:

—Debo calmar a mí pueblo.

Y se encamina a pasos seguros hacia una posible muerte.

—¡No! —exclama Anna—. ¡Majestad, no lo haga!

—Querida Anna —dice la mujer, sonriente, reprimiendo sus miedos—. Está

bien. No me harán daño.

Armado con un escudo y una espada, el gladiador se adentra a las entrañas del coliseo a luchar contra los leones hambrientos.

—¡Ya la tenemos, compañeros! —clama un revolucionario.

—¡Abran fuego! —ordena otro—. ¡Fusílenla!

Estas amenazas de muerte no intimidan a esta poderosa y bella mujer, rígidamente alta la cabeza y verse dominante ante las masas. Se niega a darles lo que buscan en ella: ¡No derramará lágrimas por este violento acto! ¡No hará una mueca de horror delante de ellos, confiándoles una parte de su victoria! La reina está enojada, muy enojada: *«Engañaron a todas estas personas para volverlas en mi contra con calumnias y manipularon mis acciones y palabras para manchar mi imagen. Yo no soy una asesina y tampoco una ladrona. Nunca estuve en contra de mi propio pueblo. Siempre quise lo mejor para ellos... ¡Pero no permitiré que coloquen mi cabeza en una pica tan fácilmente y mucho menos expresando melancolía!»*

Los abucheos comienzan a guardar silencio cuando la reina, con ambas manos, levanta gallardamente la falda de la blanca camisa e inclina su cuerpo mientras, con los ojos cerrados, mira hacia abajo, permaneciendo en esa posición unos pequeños minutos.

—*Vive la Reine!* —Millares de voces, las mismas que hacía un momento gritaban exorbitantemente arrancarle la vida a esta mujer con sus ensangrentadas manos, vitorean la valentía que esta misma les ha demostrado y dejar en claro que no tiene interés en rogar angustiada el favor popular con falsas expresiones, como una sonrisa forzada, endureciendo sus mejillas, o un engañoso llanto.

Sin embargo, el melodrama de Sangnnaire no se solucionará sencillamente. El pueblo no se conforma con la reverencia o con la renuncia del orgullo de su Majestad pero dejando muy en claro quién es su gobernante.

Al regresar al interior de la Cámara, Cosette libera un profundo suspiro de consuelo y apoya firmemente sus manos contra su pecho, como si aquello detuviera el malestar que le genera las fuertes palpitaciones de su carmesí corazón golpeando su caja torácica.

—¡Majestad! —exclama Anna, aterrada por el bienestar de su reina. Corre de prisa a atenderla sujetándola de los brazos—. ¿Qué tiene, mi Señora?

La rubia niega con la cabeza e irgue su espalda.

Los destrozos en el palacio nuevamente regresaron.

—Lo sabía —añade, con pesar—: Me quieren muerta.

A los treinta y ocho años de edad, Cosette Tragireux, es arrestada por el Guardia Imperial, Everard Boucher, el día 15 de julio de 1789 a las ocho y cuarto de la mañana. Cuatro horas después es encerrada en una de las torres del Temple, antiguo castillo de los templarios, cuyos gruesos muros la hacen sentir como una hermosa ave atrapada en una horrorosa jaula y cuyas pesadas puertas de hierro son custodiadas por guardias nacionales y gendarmes.

Los empleados serán perdonados a cambio de renunciar su lealtad a la —supuesta— corrupta. Siete de ellos, incluyendo a Anna, mantienen sus labios sellados, el ceño fruncido y sus cuerpos firmes delante de sus verdugos; la filosa cuchilla de la guillotina golpeará sus frágiles cuellos. Los guardias, por el contrario, todos son sentenciados a muerte y sus cabezas ser colocadas en picas como un símbolo de traición al pueblo, decorando escalofriantemente los alrededores del Palacio de Versalles.

Allard Tragireux, hermano y consejero, dos años mayor, fallece una hora más tarde del arresto de su hermana debido a la pérdida de sangre y los graves daños ocasionados en su cuerpo, abandonado en el desolado y destruido palacio, pudriéndose con lentitud, ser comido por los gusanos hasta finalmente convertirse en polvo.

§

Altas murallas protegen la construcción que resguarda a la prisionera en la Gran Torre, de veinte metros de altura. No obstante, dichas murallas no bastan para encarcelar a una sola persona: Se refuerza la vigilancia en las puertas que conducen a los pasillos de cada piso, se echan abajo los árboles que obstruyen el control del exterior y se destruye el jardín del patio trasero. La reina se convierte en testigo de tal destrucción y peligrosa atención.

Aprisionada en este torreón redondo de piedra y de puntiagudo techo, Cosette desarrolla una extrema soledad que dispone a abrazar como la única amiga que ha estado acompañándola desde su primer día en esta tenue y basta prisión.

Su única, autorizada y supervisada visita es un guardia llevándole la comida: Un vaso de agua, un plato de avena y una rebanada de pan. En vez de protestar porque le traigan exóticos y deliciosos platillos, la

prisionera sujeta la cuchara y comienza a ingerir el alimento en silencio.

En una fría noche de invierno, el día 25 de julio, Cosette sufre una leve fiebre de ilusiones mientras intenta conciliar el sueño en la incómoda la cama: Un niño acaricia las heladas mejillas de su madre con sus pequeñas y cálidas manos. Sus ojos observan la perfecta imagen de su amado hijo: La tristeza no atormenta su joven corazón. Sus finos labios dibujan una inocente sonrisa dedicada a su progenitora. Lágrimas brotan de sus azulados ojos y recorren sus rosadas mejillas hasta llegar al mentón.

Su mente comienza a proyectar algunos momentos de sus recuerdos y vuelve a vivirlos, como si el tiempo hubiera retrocedido, y olvida en esos instantes su espantosa realidad.

Del otro lado de la habitación, sus enemigos espían la conversación de la reina con sus fantasmas, creyendo que podrían obtener información que revele el paradero del refugio del príncipe y del resto. Estos necios se atreven a subestimar a esta pobre mujer, pues tiene mucho cuidado con sus diálogos y los eventos que desee rememorar. Como la huida...

Capítulo 3

Madame Anachorète: **¿Perdonada o castigada?**

La palabra «reina» es suficiente para que el corazón de una mujer retumbe y lata rápido.

¿Se tratará de esa reina?, piensa la esposa del carcelero de la Conserjería, aún estupefacta por la noticia que le acaban de informar a último momento, en las altas horas de la noche.

Ha sido testigo de cómo miembros de la aristocracia, desde príncipes hasta barones, han pisado una celda del establecimiento. Incluso obispos. Pero nunca se esperó que un rey o una reina tuviesen el mismo destino.

«La revolución la ha traído hasta aquí —analiza preocupada. Sí, preocupada, no porque esta revolución haya logrado tal avance sino por lo que esto pueda conducir a futuro—. Escuché que buscan acabar con la desigualdad social, peleando por la igualdad, la libertad y la fraternidad. Quieren justicia por el sufrimiento del pueblo.»

—¡Debo prepararle la celda! —exclama espantada y abandona de inmediato su hora de descanso, dejando el libro que estuvo leyendo encima de la mesa.

Dentro del vestidor de la Conserjería, la mujer recoge una de las bolsas de lino que guardan en uno de los baúles y busca en el armario un fino y blanco camisón para la reina y una ligera manta para el lecho de hierro de la celda.

En el cuarto de baño hay un total de diez pilas de bañeros, cada una con un total de cinco. La cantidad es más que suficiente... para una prisión tan grande e importante como en la que trabaja junto a su marido. Afortunada la reina de permitírsele un bañero para ella sola y que no compartirá con otro prisionero hasta que su sentencia sea declarada.

Se cruza por el camino a su marido, yendo en la misma dirección que su esposa y sujetando una escoba con su mano izquierda. Las llaves de las celdas las lleva en la cintura. Éste observa los objetos que su compañera transporta:

—Suficiente. No permitiré más a la prisionera.

—¡Espera! Todavía falta... —Es interrumpida.

—Aunque sea la reina... —El carcelero calla un momento y se corrige, presionando con fuerza su mano libre, formando un puño—. Aunque fue la reina...

—Andre... —musita la mujer, entristecida.

—Es una delincuente, Celine. —No añades más palabras y retoma su andar—. La celda, hay que prepararla ahora mismo.

Con el semblante triste y con los labios sellados, la pelirroja sigue a su marido.

Por más que intente alejar toda clase de pensamientos relacionados a la reina, los revolucionarios y el frío comportamiento de Andre, esa extraña sensación de que algo no va bien la atormenta durante la caminata, siente como si sus pies la estén guiando a un precipicio del que no podrá jamás escapar... o sobrevivir a la caída.

—Andre —llama al castaño, estrujando entre su brazo izquierdo la bolsa de lino—, ¿crees que la Revolución —Celine hace una pequeña pausa y reúne valor para liberar un problemático pensar que podría pagar con su cabeza— es una tapadera?

Andre detiene abruptamente sus pasos y continúa dándole la espalda a la mujer que espera una respuesta sincera de su parte.

«¿Una tapadera? —repite lo último para sí mismo—. No, no es absurdo pensar de esta manera. El pueblo ha sufrido durante varias décadas ¿y se rebelan justo ahora? Además, la reina estuvo en el trono desde los quince años... ¡Veintitrés años en el trono! ¿Qué hay de sus predecesores, que gobernaron hasta morir de viejos o por culpa de una enfermedad y nos hicieron la vida imposible?»

»La reina ha tenido malas influencias que la condujeron a tropezarse con piedras de diferentes formas y tamaños aun después de darnos al Delfín, nada puede justificar su incapacidad para dirigir ni su falta de tacto con sus súbditos, pero... ¡es el gobernante más inofensivo que Sangnnaire ha tenido y es la primera en buscar que la aristocracia sea quien pague impuestos!»

»¿Por qué me molesta mucho esta revolución si el pueblo está luchando por las injusticias? ¿Será por aquellos representantes del Tercer Estado, quienes han permanecido ausentes por mucho tiempo y, de repente, recuerda a los oprimidos y son los afectados por la decisión de la reina respecto a los impuestos?»

—Nada podemos hacer —dice por fin, firme y calmado—. Ella tiene que

defenderse sola.

«*¡La Revolución es hipócrita!*»

§

Primer día de octubre de 1793. Tres de la mañana. Ni un soplo de aire frío recorre las desiertas calles de la ciudad de Versalles. Tampoco hay nubes en el azulado cielo ocultando las brillantes estrellas, las que se convertirán en testigo de cómo una desdichada reina será entregada como una delincuente. La radiante y hermosa luz de la luna le ilumina el sombrío camino a una berlina dirigiéndose a la Conserjería.

Las encargadas de acompañar a la reina a su celda esperan en la entrada del establecimiento, cuidadas por tres gendarmes con un fusil cargado. Celine intenta calmar el ligero temblor de sus manos frotando la palma de su mano izquierda contra la muñeca de la contraria, mientras mira atentamente la dirección por la que vendrá el coche. Rosalía, una joven de oscuros y cortos cabellos parada a su lado, repara en el comportamiento de su compañera y le sujeta ambas manos, obligándola a ver su inocente sonrisa.

—Todo irá bien, Celine —dice Rosalía, transmitiéndole su confianza y seguridad.

—Algo no está bien, Rosalía —susurra la pelirroja, angustiada—. ¿Por qué repentinamente su traslado?

—Lamentablemente es un asunto que no nos concierne —musita la pelinegra.

—¡Pero...!

El sonido de las herraduras en las pezuñas de los caballos golpeando las empedradas calles y el de las ruedas girando en el mismo avisaron de la llegada del vehículo a la Conserjería, recordándoles a estas mujeres cuál es su tarea y retomar la compostura de antes: seriedad y firmeza.

Se utilizó madera de álamo negro para la construcción del vehículo, se agregó muelles elásticos para la suspensión y cuatro ruedas del mismo material para el movimiento. La parte superior de la caja grande es cuadrada y la inferior una forma semicircular, cuatro personas entrarían sin problema. Por la ventanilla de cristal, una cortina roja oscura está instalada del lado de adentro, de modo que es imposible saber quiénes acompañan a la reina y en qué estado la trajeron. El color de la pintura usada en la madera es de un negro opaco, mientras que los pocos bordes que hay, la manija de la puerta y las dos lámparas de adelante son blancas. No hay riquezas ni adornos decorando el vehículo para no llamar

la atención ni para delatar que una poderosa aristócrata yace dentro. Tampoco hay un escudo tallado en los costados. Un cochero controla con el látigo a los dos caballos zainos que tiran del transporte sujetos por las correas, uno al lado del otro. Finalmente, en la parte trasera, dos guardias se encuentran parados y sujetándose de la caja.

La puerta de la carroza se abre y un hombre, delgado y con el uniforme de la guardia, sale de su interior. Se trata de Everard Boucher, el Guardia Imperial que arrestó a la reina en el Palacio de Versalles el mismo día que fue asaltado por los revolucionarios.

Celine sabe que estar asombrada por su presencia es algo ridículo, puesto que sería más que obvio que alguien importante como Everard tendría que encargarse del traslado tras dársele el rol de Protector de Su Majestad días antes de la Asamblea Nacional y huida de la familia, ser alguien cercano a ella por varios años... ¿Quién hubiera imaginado que él sería quien arrestaría a Cosette tras haber estado a su lado? No puede evitar sentir cierto rechazo hacia su persona y una profunda decepción siendo un Guardia Imperial, alguien que, se supone, lucha por lo justo y protege a la corona. Pero debe reprimir todas sus emociones, más ahora que la desdichada reina, probablemente, esté agotada por el viaje y necesite de sus cuidados.

Discreta, Rosalía gira apenas su cabeza para mirar a su compañera. Le basta con ver sus ojos y poder descifrar cuán incómoda es la situación para Celine. Juzgando su comportamiento desde que le informaron sobre la reina, pareciera conocerla con anterioridad y querer entregarle su vida. Mientras que con el Guardia Imperial, sus ansias por clavarle unas tijeras para costura en la yugular son las mismas que las de un asesino serial. ¿Será que hay una parte de la historia que no conoce, que involucre a estos tres? ¿Puede que Celine haya trabajado en el Palacio durante un periodo de tiempo? ¿O la estará malinterpretando?

Nadie dice ni una sola palabra. Todos permanecen en completo silencio.

Por fin, una mujer comienza a salir del carruaje con cuidado. Everard, con una sonrisa burlona, le ofrece su mano para ayudarla a bajar, pero ella lo rechaza prosiguiendo con sus esfuerzos e ignorándolo.

«*¿Esa mujer es la reina?!*», piensa desconcertada Celine.

¿Cómo puede ser que la reina se presente en tan pésimas condiciones?

Aquellos desgreñados cabellos no son más que la sombra de que hubo bellos accesorios y espléndidos peinados adornando su cabeza, confeccionados por el magnífico y envidiable peluquero personal de la

reina.

¿Su piel no era cálida y sonrosada? ¡Parece un fantasma!

¿Por cuánto tiempo lleva usando aquel camisón, que una vez fue blanco e impecable?

¿Esas manchas oscuras debajo de sus ojos amatistas son ojeras? ¡Se la ve tan cansada y atormentada!

—¿Qué es lo que...

—¡Lleven a Cosette Tragireux a su celda! —ordena de inmediato Everard, interrumpiendo a la esposa del carcelero como si supiera lo que iba a decir—. El juicio se llevará a cabo el día doce de este mismo mes, durante la tarde. Hasta entonces, la prisionera permanecerá en la Conserjería, y deberá descansar y estar bien alimentada.

«¿Estar descansada y bien alimentada? ¡Sinvergüenza!», razona enfurecida la pelirroja viendo cómo le han traído a la reina.

Detrás de esa triste máscara, Cosette sonrío y contiene sus ganas de reír a carcajadas. Después de todo lo que ha ocurrido, sabe de antemano qué esperar del juicio. ¡Son tan predecibles! La Conserjería no será más que un juego de niños, no puede ser diferente a lo vivido en el Temple: Encierro, comida y agua, vigilancia, descansar como le sea posible... Lo nuevo serían aquellas dos mujeres:

La de cabellos rojos como las rosas del jardín del Palacio de Versalles, es la única que demuestra desagrado por Everard y tristeza por su reina. En cierta manera, tiene la sensación de haberla conocido, o probablemente la esté confundiendo con alguien más.

«¿No es la esposa de Andre Richard?», se pregunta la rubia, curiosa y sin apartar los ojos de esa mujer.

La reina conoció a Andre en su primera y única visita a la Conserjería, poco después de asumir al trono. Su intención fue revisar las condiciones del establecimiento, ver cómo trataban a los prisioneros (*Por más pecados que hayan corrompido su alma, el criminal es un ser humano*, pensamiento que ha desarrollado, influenciada por aquellos recuerdos de su desgraciada vida pasada), y cómo los empleados llevaban a cabo sus respectivas tareas. Ese mismo día, el carcelero le comentó a su Majestad que, a causa de los gobiernos anteriores, la prisión escaseaba en alimento y herramientas para trabajar.

“—¿Qué han hecho con ello? —preguntaba Cosette, estupefacta.”

“—El dinero no alcanza, Su Alteza —respondía Andre, decepcionado—. Y los impuestos se han acumulado.”

“—Si no los pagamos, la Conserjería desaparecerá —contestaba desesperada la esposa.”

«¡Celine! —recuerda repentinamente—. ¿Cómo pude olvidarte? Yo misma los ayudé con el funcionamiento de esta prisión.»

—¡Enseguida, señor! —responde Rosalía, en un tono apacible, y se acerca a la reina, regresándola al presente—. Mi reina —casi le tiembla la voz al dirigirse de ese modo a Cosette delante de Everard—, permítame acompañarla.

La de cabellos oscuros como la noche y mirada angelical es una desconocida para Cosette. Los ojos entornados, la espalda erguida y atenta a su alrededor... No puede ocultar su desasosiego por la mujer que tiene delante, el suave movimiento de sus ojos marrones y el semblante apenas decaído cuando la mira la delatan.

«El aura que sentí con Celine, uno familiar y de confianza, no está presente en esta joven. Quizá porque jamás la he visto, hasta hoy. Sin embargo, sí puedo percibir que está... apagada... dolida», analiza, intrigada.

La fuerte estocada de la espada ataca a su agrietado corazón, la soga de la horca estruja su cuello, y pequeñas lágrimas empapan sus pálidas mejillas al escapar de sus ojos amatistas. Siente el profundo abatimiento que esta muchacha intenta esconder detrás de una fortaleza que cree poseer.

Humillaciones y hostigamiento por los guardias que —lamentablemente— tienen como tarea de cuidar y vigilar constantemente, hasta el día del juicio, a la reina; algunos, se presentan apestando a alcohol, y escupen tonterías y groserías dirigidos a la prisionera; otros, aprovechan el trabajo para admirar, lujurioso, del otro lado de la reja, su radiante belleza. Festejan y se impacientan por el cambio de turno.

El cautiverio se torna más difícil cuando Cosette, con ayuda de la persona que siente compasión por esta trágica mujer y dispone a transformar su eterna agonía en días serenos, Rosalía, es obligada a mudarse de ropa en su primer día: unos vestidos cómodos de tintes negros y blancos en los bordes de las mangas largas. Y la humillación regresa cuando tienen que bañarla en ese incómodo baño.

§

Despojada de sus poderes, Cosette pasa a ser conocida como «Madame Anachorète», procedente del griego «el que se retira del mundo», pues la antes reina se había negado en varias ocasiones salir de su palacio a convivir con sus súbditos, y dicho por ella misma en el Tribunal Revolucionario el día 12 de octubre de 1793, y por los acontecimientos en el Temple, comentado por sus vigilantes, sumándole gracia al apodo.

—Sentía que perdería el tiempo para realizar mis labores reales, el brindarle una mejor vida a mí pueblo. Mi conciencia no está tranquila por tan mediocre pensar. ¿De qué le sirve una reina ausente, cuya obligación es estar presente, valga la redundancia, en todo momento, al pueblo? Arrepentida y avergonzada, pido perdón a todos los presentes y a los no presentes por mi inmadurez, mas no obligo que acepten mis disculpas.

El Tribunal permanece en completo silencio. Nadie perdona a esta desventurada mujer, quien ha cometido fatales errores que la condujeron a su ruina y a darle una fantástica victoria a sus enemigos; autores que mancharon su reputación e imagen manipulando cada uno de sus movimientos sin que la fantasiosa reina, mujer, enamoradiza y madre se diera por enterada de no haber sido por el nacimiento de la Revolución, muy tarde.

Dan inicio a las preguntas y cargos carentes de todo sentido; se le acusa de haber derrochado el fruto del sudor del pueblo en sus caprichosos placeres y en las apuestas perdidas que, según ella, niega haber sido partícipe y desconocer los nombres de los responsables, así como también niega haberse dado tales lujos utilizando los bienes del país; se la acusa de haber conspirado en contra de la Revolución, a lo que responde «nunca haber realizado tales acciones para detener al pueblo más que aceptar las consecuencias de su mediocridad», recordando la orden dada a sus guardias:

—En persona, di la orden de no abrir fuego y permitirles la entrada a los revolucionarios. Mis hombres prefirieron desobedecerme y protegerme con sus vidas —confiesa, firme y segura de sus palabras y recuerdos. (*«Fueron víctimas de esta Revolución. A ustedes, yo tuve que haberlos protegido»*). Agrega—: Si huí de mis aposentos, en vez de esperar pacientemente a mis súbditos, fue por mi cobardía: No me sentía preparada para afrontar este problema como hoy, Su Señoría.

Un miembro del Tribunal se anima a afirmar, y torpemente:

—Ha engañado al pueblo durante muchos años con ese arte de perfecta disimulación, portando una máscara que ocultaba sus verdaderas

intenciones.

—El pueblo ha sido cruelmente engañado —confirma Cosette—, pero no por mí ni por nadie de mi círculo —añade polémicas palabras que altera a todos los presentes—; nosotros no teníamos intereses en engañarlos, mucho menos lo tengo yo ahora, que estoy de pie defendiendo mi vida, la reputación de mi nombre y apellido y a mi descendencia.

—¿Por quién o por quiénes han sido engañados, según usted?

—Las únicas personas con este interés son los representantes del Tercer Estado. —Pero hay un problema que consigue acorralarla—. Les delataría si conociera los nombres. —Aun así, está hablando con la verdad, y eso la hace sentir mejor y se los demuestra, sin titubear, a los presentes, quienes quedan boquiabiertos ante las declaraciones de su antigua reina, salvo por algunos que la consideran una mentirosa que busca arrastrar a inocentes a la guillotina para que le hagan compañía en el Infierno.

—Ignorando los gritos de auxilio de los patriotas y bañada en su sangre, quería usted reinar a cualquier costo y volver a subir al trono sobre sus cadáveres. ¡Anhelaba destruir la libertad! —contraataca el hombre, evidenciando su cólera.

—Desconozco de dónde haya sacado o quién le haya dicho tal blasfemia. ¿Por qué volver a subir al trono si ya estaba en él? —responde, duramente, esta implacable mujer ante absurdas palabras—. Todo lo que quiero es la felicidad de Sangnnaire. No tengo por qué pisar algo tan necesario y básico como lo es la libertad.

Esta inquebrantable reina no hace más que enfadar al adulto, estando orgullosa de mostrar quiénes son en realidad las víctimas y quiénes son el enemigo.

Reprimiendo su cólera y ocultando la humillación que siente en este momento, regresa al combate formulándole una corta y sencilla pregunta:

—¿Qué interés siente por las armas de la República?

Sonriendo con sinceridad y victoriosa, Cosette contesta:

—Ninguno. La felicidad de Sangnnaire es mi único deseo.

—¿Cree necesario los reyes para la ventura del pueblo?

—Nadie puede decidirlo.

Tras varias horas de debate, el juez da por terminada la sesión puesto que no se ha llegado a nada para condenar a esta mujer a la guillotina. Se dirige a ella informándole que se le dará dos abogados con los que preparará su defensa para el día 14 del mismo mes, un lapso que se aprovecha para notificar a último momento a esos mismos defensores, impidiendo que estén al tanto con los datos, de modo que Cosette no pueda salir ilesa de este bártaro y la Convención calle ante el pedido de tres días de aplazamiento.

Aunque sepa de antemano cuál será su final, antes de ingresar al Tribunal por segunda y última vez, muy diferente es el tener que aceptarlo.

—Amado Creador, concédele fuerzas a esta fiel sierva tuya —reza entre lágrimas en su celda.

El 14 de agosto llega con la misma rapidez que las hojas del otoño.

A las ocho de la mañana, entra serena Cosette, acosada por las miradas que buscan un signo de miedo y emoción en su semblante agotado. Hoy, los asientos de la sala están todos ocupados.

«Sin odio y sin temor de decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad» juran los testigos y presentan sus absurdas, ilógicas, con una confusa y cuestionable cronología, pruebas contra la reina. La mayoría de estas declaraciones son irrelevantes y sacadas de alguna novela; dos criadas aseguran haber visto a la reina recibir sus costosas compras en mueblería y joyas junto a su dama de compañía, pero justifica su ausencia de las pruebas aprovechándose del incidente en el Palacio de Versalles, diciendo que «estos y los recibos fueron destruidos»; un guardia comenta haber hallado una pistola en la recámara de la reina, pero, convenientemente, no recuerda si esta era real o decoración, así como tampoco puede probar si la mujer la conservaba para asesinar o para defensa personal; otro, confiesa haber espiado la conversación de la reina con su entonces Protector, Robert Delacroix, diciendo haber enviado a uno de sus hermanos una suma de dinero.

La atención de Cosette por este desfile es la misma que tuvo con aquellas aburridas clases que recibió cuando niña: parloteo que no va a ninguna parte y que tiene que estudiar. Sabe que estos testigos entorpecen el juicio, y observa cómo el juez pierde la paciencia con este espectáculo de niños.

No obstante, nada cambia que es el pueblo quien acusa a la reina de todos los acontecimientos que han desencadenado esta perfecta representación de la opresión y desigualdad que han padecido por años: la Revolución. Atestiguan en contra de este chivo expiatorio.

Los jueces ordenan retirar a estos pésimos actores y llaman a traer las pruebas que apuntan a un posible jaque y mate para la acusada:

¡Una traidora, eso es lo que es! Las —perfectamente falsificadas— cartas escritas al Emperador Guillermo III son pruebas irrefutables de ello: contacto con poderosos enemigos de la República; acuerdos para darles entrada a Sangnnaire; declarando una guerra civil en el interior; otorgar el triunfo de las armas enemigas... ¡Delitos disfrazados en un magnífico léxico! Recordando que este Emperador, cuya asunción al trono está rodeada de misterios que no tendrán respuesta alguna, y esta Reina son muy buenos aliados, ¿por qué dudar?

Dilapidadora, traidora, conspiradora contra la Revolución —a pesar de haber negado tal acusación—, es como ven a la reina.

Como jueces, tienen que acatar la ley, que no reconoce al acusado como culpable hasta que se demuestre. Pero la Convención no exige una sentencia justa, no los ha llamado para eso; exige que condenen de una vez, de un modo u otro, a esta mujer, o sus cabezas pagarán el precio.

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, estos hombres nuevamente se reúnen y discuten cuál será la sentencia que recibirá la acusada. No ha tomado más de dos horas decidirlo.

A las ocho horas, ocultando su fatiga y dolores, llega entonces Cosette al Tribunal por última vez. Tiene el presentimiento de que su lucha fue en vano, y solamente desea poder descansar por fin, que el telón caiga y esta tragicomedia se acabe. Le es leída la resolución del jurado: Encuentran a la acusada culpable y es sentenciada a pena de muerte. Inevitable que cada rincón de su cuerpo no se paralice y sienta un escalofrío recorrer su médula espinal, inevitable que cada lágrima no brote de sus ojos delante del público y quiera romper en llanto arrodillándose allí mismo... En completo silencio y con el semblante serio, se retira del escenario, ayudada por un oficial de la gendarmería a bajar las escaleras, y esperará en su celda pacientemente el día.

Capítulo 4

Plaza de la Revolución: **El Nacimiento de un nuevo Rey**

En la mañana del día 16 de octubre, un inmenso movimiento en la ahora bautizada Plaza de la Revolución hace temblar las desastrosas calles de Sangnnaire. Todos están ansiosos por reservar un buen lugar donde puedan admirar el espectáculo final de la trágica reina, cuyo cierre cambiará la vida de todo el país. Mientras esperan a la hora pactada, algunos de los ciudadanos luchan por conseguir algún puesto de trabajo; otros, prefieren estirar las piernas o chismosear con sus vecinos.

La Catedral, testigo de la coronación de Cosette y el bautismo del príncipe, observa cómo seis hombres levantan una estructura de madera en medio de la plaza, cómo arman al verdugo de la reina y cómo prueban su cuchilla una y otra, y otra, y otra vez...

Los segundos se convierten en minutos, y los minutos, en horas. Los preparativos están casi terminados.

—¿Revisaron que la hoja estuviera afilada? —interroga un séptimo hombre, de cabellos oscuros como el carbón, con una expresión facial y un tono de voz frío e intimidante, apareciendo repentinamente en el escenario y subiendo los escalones de la plataforma.

—La hemos probado con sandías —responde uno de ellos, con total entusiasmo, sin temor a que lo consideren un desquiciado—. Esa perra perderá la cabeza. —Y suelta una carcajada, después de simular el corte con su dedo índice en su cuello.

—¿Creen que deberíamos informar para que comprueben que todo está en orden? —inquiere un joven, de cabello corto rubio oscuro, atando la cuerda, que manipula la cuchilla horizontal de la guillotina, en el montante derecho.

—No creo que sea necesario —comenta el adulto encargado de traer la fruta de una de las tiendas (el vendedor no tuvo drama alguno; aceptó regalar cualquier cantidad de sandías necesarias con tal de que dicha decapitación sea un éxito)—. ¿Ya está listo, cierto?

—Si quieren probar una última vez para asegurarnos... —propone el rubio, un poco inseguro.

—No malgasten comida en esto —sugiere el primero, y sus compañeros lo observan—. Si el corte es como el de un cuchillo sin afilar, ¿sentirían lástima por esa mujer? Porque yo no. No me importaría oírla chillar como

a un cerdo siendo degollado.

Envenenado por el odio y la perversidad, lo único que ansía es la muerte de la soberana. Por culpa suya, su amado primogénito, de tan sólo tres años de edad, por falta de atención médica y sin acceso a un medicamento que pudiera atarlo en el mundo de los vivos por más tiempo; el pequeño le suplicó a su padre, muy débil y sollozando, dejarlo ir en paz, que no prolongara más su sufrir. A duras penas podían sobrevivir él y su mujer con lo poco que tenían, sacrificando sus raciones para dárselas al niño. Hoy se cumplen seis años de su fallecimiento. Es comprensible su ira por la reina: ignoró todos sus gritos de auxilio —en realidad, dicho llamado nunca le fue entregado—. Y esto mismo lo condujo a pedir por su cabeza, meses antes del estallido de la Revolución, tras la muerte de su esposa. Pero tampoco puede sentirse orgulloso: Asesinarán a una persona, después de todo. «*Desearía que no hubiéramos llegado a esto*», es uno de sus tristes pensamientos.

—¡Es verdad! —exclama el segundo, con interés—. Prefiero que agonice antes que darle una muerte rápida e indolora.

Mientras estos hombres se retiran a dar el informe, en lo alto de una de las torres de la Conserjería, a través de la única y pequeña ventana rectangular que permite el paso de la luz natural y el aire fresco, ventilando un poco la estrecha y pestilente celda que cuenta con un sillón de caña, dos sillas, una mesa de madera y un incómodo castre; encima de él hay una almohada rellena de plumas y una sábana manchada y con algo de polvo; una adolorida mujer de alborotados cabellos como los rayos de sol y de tez blanca como la nieve admira a lo lejos al instrumento que llevará a cabo su sentencia.

Verla en un estado apagado es como admirar a una muñeca de porcelana fría: La pálida y suave textura de su piel la hace lucir como un fantasma, o crea ese temor de la aparición de una fisura, el estropear sus inocentes y encantadoras facciones con tan sólo el roce de la yema de los dedos al querer acariciarla dulcemente. El alma de la reina brilla por su ausencia; sus ojos amatistas ahora observan la nada misma, después de dejarse caer al suelo con desgano, apoyando sus manos en sus piernas y recostar la cabeza contra la pared. ¿Por cuántos infiernos ha pasado esta desgraciada mujer, que ha perdido cada fragmento de su ser? Su figura ha dejado de vestir ropajes elegantes y los que resaltaban su título de reina, diferenciándola de los miembros de la Corte; ligeros y aburridos vestidos negros de mangas largas es lo único que viste. Sus rosados y agrietados labios apenas están abiertos, como si fuera a decir la palabra o la oración que aún no termina de armar en su mente.

Sus lágrimas se han secado de tanto lamentar su cruel destino, pero también por felicidad: el haber podido sacar a tiempo a su familia del palacio y ocultarlos en un sitio lejano y seguro que solamente ellos

conocen —y el que recuerdan con cariño, por sus *vidas pasadas*—. Aunque pudo cumplir ese deseo, no se siente lista para despedirse de este mundo: Está dejando tareas inconclusas y un oscuro futuro donde la guerra es la principal protagonista.

El repentino olor a tabaco invade sus fosas nasales. El oficial encargado de hacer guardia se encuentra fumando a gusto cerca de la celda de la condenada y sentado en una silla, despreocupado porque el aroma quede adherido a los cabellos, a la ropa y a la delicada y blanca piel de la prisionera.

La mujer no suelta palabra para pedirle amablemente que por favor no fume en el mismo cuarto que ella; se deja llevar por aquello, recordando sus días de gloria, elegancia y felicidad, a la tarde en la que solía jugar con su primo y miembros de la Corte en la sala de juegos, charlando y disfrutando de la compañía...

§

—Me temo que debo rechazar su invitación, conde —respondió ella educada y sosiega, sin borrar aquella dulce sonrisa de su rostro—. He de regresar a mi estudio a revisar la correspondencia y firmar papeles. —Empujaba su silla hacia atrás arrastrando sus pies en la cerámica y se levantaba de su asiento—. Suena aburrido pero es mi deber.

—Una partida más no hará daño, mi querida reina —insistió el hombre, mezclando el mazo de cartas con sus manos—. La noche aún es joven. Puede repasar el papeleo mañana a primera hora, si le apetece. —Intentaba tentarla del mismo modo que la serpiente a Eva.

—Lamento mucho mi retirada. —Pero la reina se resistió ante el encanto—. Otra noche nos presentará la oportunidad de jugar esa partida mientras bebemos una copa del delicioso vino de nuestra bóveda y nos llevamos a la boca exquisitos manjares de nuestros mejores cocineros.

—¿No le será una molestia que fume un poco?

—Si bien no soy una dama que guste del tabaco, no me es una molestia que usted y otros jugadores quieran imitar a un dragón, liberar el humo por la nariz —comentaba divertida, logrando que el conde soltara carcajadas ante el comentario de su superiora y amada prima.

La joven reina, de esas entonces hermosas diecisiete primaveras, una tarde de noviembre de 1772, hizo una reverencia a sus invitados y se dirigió a la Cámara del Ojo de Buey a rehacer la carta destinada al emperador Guillermo III, uno de sus aliados, detallándole los motivos de su ausencia en la fiesta de máscaras que se llevaba a cabo en su castillo el día de mañana por la noche. También tenía que firmar los papeles con

los que iba a dar el primer paso para la edificación del nuevo hospital y una nueva biblioteca. «Allard puede entregar el documento. No debo distraerme», era uno de los pensamientos que la condujo a su perdición diecisiete años más tarde.

En el mundo de Cosette, Sangnnaire era perfecto gracias a sus aportes que realizaba en el despacho y colaborando con algunas personas dispuestas a brindar sus servicios. Y debido a que el verbo «creer» tuvo su aparición, era más que obvio que su fantasía estaba muy lejos de la realidad; el querer permanecer encerrada en las entrañas del palacio de Versalles provocaba que esta reina adolescente forjara una perspectiva más que errada de lo que consideraba perfección. Su familia y Protector le aconsejaban e insistían, después de explicarle el asunto, visitar al pueblo y contemplar por sus propios ojos los resultados, a lo que ella respondía, pensando que sólo estaban exagerando las cosas:

—Nadie ha venido a presentar quejas. Confío en que mis súbditos están en buenas manos.

Robert Delacroix (tres años mayor), su enamorado y, en ese entonces, Protector, antes de ser sustituido por Everard en el día de la huida, y quien será el padre del futuro príncipe en los próximos diez años, a la edad de treinta, había intentado buscar la manera de poder convencerla ya fuera para que asistiera a un falso evento o para dar un paseo. Pero, de alguna forma que nunca acabaría entendiendo, ella lo pescaba en el acto. No sería hasta el año 1782, dos semanas antes de la preñez de la reina, que hubieron cuatro días en los que Cosette accedió a su petición... Insuficientes para hacerle notar el verdadero desastre. Aún creía patéticamente que podía solucionarlo con dinero —gracias a traidores que convivieron con la reina, estas monedas llegaban a las manos de los individuos que la destronarían y arruinarían levantando una revolución—.

Cosette nuevamente retomó su postura de antes, y la reforzó tras dar a luz al heredero al trono, retoño que le dedicaba todo su tiempo en amarlo y tenerlo a su lado, olvidando por un tiempo sus deberes de reina y centrándose en la maternidad.

Sólo quedaba rezar para que la desgracia no cayera en la familia real...

Lamentablemente las oraciones no fueron escuchadas por Dios.

El día 2 de mayo de 1789, tres días antes de que la reina convocara una Asamblea Nacional, los miembros de la Corte, Robert y el príncipe tuvieron que huir del palacio por su seguridad, quedando solamente Cosette, bajo la protección de Everard, uno de los traidores, los empleados y guardias.

«Lamento haber sido tan ciega. Es mi culpa que debamos separarnos, es mi culpa que ahora tengan que vivir escondiéndose», *les dijo a los presentes, avergonzada.*

«Siento no haberte escuchado, amado mío. Ahora pagarás por mis errores...», *le comentaba a Robert, sollozando.*

«Mi príncipe, futuro rey, me disculpo por traerte al mundo a sufrir y por arrebatarte la felicidad», *le confesaba a su hijo, quien no paraba de llorar en los brazos de su padre.*

Horas más tarde de la despedida, Cosette visitaría la capilla real a rezar:

—Creador mío, tiempos oscuros se avecinan para el pueblo y para mi familia. Por favor, protege y perdona a todos los que amo, incluyendo a mis súbditos, que vendrán a por mí en cualquier momento. Tu compañía es lo único que deseo para mí, hasta el día de mi muerte.

§

—Señora —llama la pelinegra que ha estado acompañándola desde su llegada a la Conserjería, sujetando con ambas manos un plato de sopa caliente y una blanca camisa colgando en su brazo derecho—. Le he preparado una deliciosa y caliente sopa.

—Hija mía —contesta, sosiega, Cosette al verla por última vez—, ya no necesito nada más; todo ha terminado.

—Mi Señora, esta sopa la he preparado especialmente para usted —insiste, esbozando una sincera y angelical sonrisa. Rosalía deja la vestimenta a un lado de la cama y se sienta junto a la mujer para alimentarla—. Por favor.

La rubia suspira resignada y ríe tras comparar a su compañera con un infante: amable, insistente e inocente.

—Está bien, mi niña —responde, divertida—. Aceptaré con gusto la sopa.

¿Será esta la compañía que la desgraciada reina había pedido en la capilla real? ¿Podría ser esta joven un ángel de Dios? Sea como sea, Cosette le está muy agradecida por haber estado a su lado, por haberla recibido con amabilidad, por haber cuidado de ella, por haber demostrado preocupación por su bienestar.

Las frías manos de la condenada recuerdan el calor en el momento que sujeta el cuerpo del plato hondo. ¿Cuánto tiempo ha pasado de la última vez que comió algo caliente? A Rosalía se le prohibió traerle deliciosos y calientes platillos, solamente llevaría la comida que todo prisionero debe digerir: un vaso de agua y alimento insípido. Por ser su último día en el

mundo de los vivos, le es permitido degustar un último y exquisito plato: sopa de carne y verduras.

El espléndido aroma invade sus fosas nasales y la textura de los vegetales y de la carne lucen apetitosos, bañados en esa magnífica sopa. Lleva la cuchara a su boca y su paladar rememora las delicias que disfrutaba en el palacio; los vegetales se deshacen fácilmente y sus dientes mastican la suave carne.

La campesina sonríe emocionada al ver cómo su reina recupera aquella hermosa sonrisa suya y cómo sus ojos reflejan su felicidad. ¡Asombroso que baste un rico platillo para hacer feliz a una persona en desgracia, y en sus últimas horas!

Cosette observa discreta el reloj que hay sobre la mesa, donde la esposa del carcelero, Celine, desayuna mientras lee una novela en su tiempo libre: Siete y media de la mañana. En cualquier momento llegará el verdugo para escoltarla a su final. Vaciado el plato, Rosalía lo deja en la pequeña mesa y regresa para ayudarla con el ligero traje de mañana, que se teñirá de un fresco y tibio carmesí en cuanto su cabeza descansa sobre sus rodillas en el cajón.

—¿Podría retirarse un momento, por favor? —le pregunta amablemente la joven al guardia.

Éste no responde a su solicitud sino que permanece en su sitio y mirando de reojo a la prisionera, pues tiene órdenes de no perderla de vista, que ha utilizado como excusa para admirar su figura.

Celine, analizando la situación y compasiva, cierra su libro y se para delante de la celda, tapando a Cosette mientras mira detenidamente al hombre.

—Está encerrada. No iré a ninguna parte, si es lo que *le preocupa* —comenta la pelirroja—. La han humillado desde su llegada. Permítale, hoy, tener privacidad, por favor.

El guardia muerde su lengua y esconde su disgusto mostrando indiferencia.

—Se lo agradezco —contesta Cosette y procede a cambiarse un poco más tranquila.

Del poco tiempo que estuvo con Celine, a comparación de con Rosalía, no conocía esa faceta suya. Nunca ha puesto en duda su fortaleza ni su preocupación por su reina; aquel acto, la ha maravillado y la admiración

por su persona crece.

A las diez llaman a la puerta.

El miedo impulsa a Rosalía a sujetar las manos de su amiga y estrujarlas con fuerza, mostrando su negación de entregarla a los villanos y que el Ángel de la Muerte se lleve su alma.

—Mi niña —musita Cosette, moviendo sus manos para ser ella quien sostiene a la otra—, yo no tengo miedo. Tú tampoco debes tenerlo. —Tanto su sonrisa como los hoyuelos que se forman en sus apagadas mejillas y sus cansados ojos relucen su belleza, su fortaleza y su paz—. Estaré bien.

En un principio, la pelinegra no comprende el significado de aquellas palabras. Cree, por un momento, que oculta sus temores de los demás y se miente a ella misma, para no perder su orgullo. Pero, en realidad, ella está viendo a la muerte como una vía de escape de esta pesadilla, un camino hacia la libertad.

Cuando Celine recibe al verdugo, un hombre inexpresivo y de estatura gigantesca, Rosalía se despide de la reina rodeándola entre sus brazos y con lágrimas en sus ojos, y ambas se juran reencontrarse en la otra vida. Cosette permite que aten primero sus manos a la espalda sin oponer resistencia, pues ya no hay motivos por los que luchar, y deja que los filos de la tijera corten sus largos y rubios cabellos.

Enterrando su miedo y dolor en un semblante que permanece inmóvil, como de bronce, a las once y media, sube al cadalso sin ayuda del verdugo y con facilidad, con sus zapatos de tacón alto y con sus manos aún atadas a la espalda.

Por última vez, observa a la misma multitud que festejó su llegada a Sangnnaire, su ascensión al trono y el nacimiento del futuro rey, los mismos rostros que ahora piden su cabeza.

Cosette Tragireux, reina de Sangnnaire, es guillotina el día 16 de octubre del año 1793, a la edad de treinta y ocho años, a las doce y media del mediodía.

Lejos de este trágico y sangriento espectáculo, al mismo tiempo y sin que lo supieran, un pequeño príncipe es reconocido como rey en el momento que su familia y su propio progenitor se arrodilla ante él. Reclamarán lo suyo y vengarán la muerte de su reina.